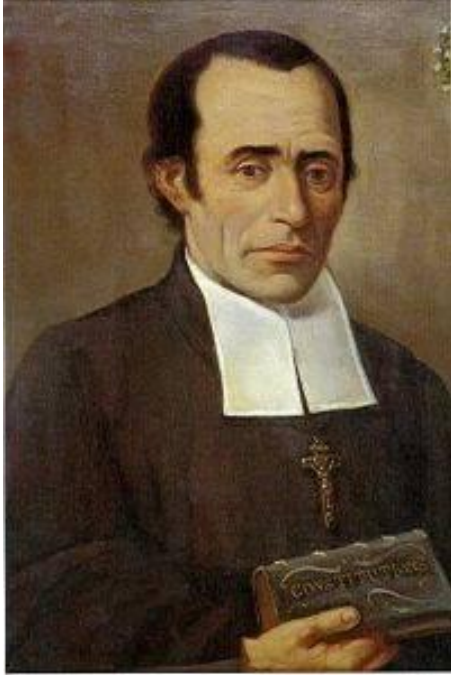


UN HÉROE HUMILDE

*VIDA
DEL VENERABLE
HERMANO FRANCISCO
(GABRIEL RIVAT)
1808 - 1881
HERMANO MARISTA*

HERMANO FRANCISCO (Gabriel Rivat Boiron)



Gabriel Rivat nace en Francia en 1808, en los alrededores de un pueblecito llamado La Vallá, en el Departamento del Loira.

Al entrar en la vida religiosa, tomará el nombre de Hermano Francisco.

Siendo aún niño, la madre lo consagra a la Virgen María en el Santuario de Valfleury y lo confía al Padre Marcelino Champagnat para que lo eduque : “ ...Haga de él lo que desee, pertenece a la Virgen. Se lo he dado y consagrado infinidad de veces”.

El joven Gabriel quema todas las etapas en la escuela de Champagnat; a los 12 años, apenas entrado en el Instituto de los Hermanos Maristas, recién fundado, es enviado como maestro a la Escuela Primaria de Marlhes; a los 17 es Director de otra escuela; a los 19 Superior de la Casa Madre y brazo derecho del

Fundador; a los 31 años, sus cohermanos le eligen Director General, es decir, sustituto del Fundador cuya vida está próxima a extinguirse.

Su proyecto de vida consiste en ser una copia perfecta del Fundador, en la búsqueda de la Santidad y en la educación cristiana de los niños.

Bajo su dirección, el Instituto conoce un desarrollo extraordinario y obtiene el reconocimiento legal del gobierno francés (1851) y el reconocimiento de la Santa Sede (1863), necesarios para extender el campo de apostolado en Francia y por el mundo entero.

En 1863 deja el cargo de Superior General; el Instituto cuenta con más de dos mil Hermanos en 374 Comunidades.

Se le ha considerado, con todo mérito, como el Co-Fundador.

Vive los último veinte años de su vida retirado en la casa del Hermitage, el “gran relicario del Padre Champagnat”, como acostumbraba a llamarla, dando ejemplo de unión con Dios y de la práctica de las virtudes religiosas.

Cuando muere en 1881, todos reconocen unánimemente : “ ¡¡ ha muerto un santo !!”.

1. INFANCIA Y JUVENTUD

A comienzos del siglo XIX, La Valla era un poblado de unos 2.500 habitantes desperdigados en más de 60 caseríos, distantes unos de otros entre cinco y nueve kilómetros. Los desniveles geográficos son notables, oscilando entre los 400 y los 1.400 metros de altura.

Profundos desfiladeros dificultan la creación de caminos y carreteras. Uno de estos, desfiladeros está formado por la unión -de- dos ríos, afluentes del Gier: el Ban y el Jarez. A medio camino del puerto de la Barbanche que domina el desfiladero, se encuentra el caserío "Maisonnettes", lugar de nacimiento de Gabriel Rivat.



Unos 40 habitantes; cuatro o cinco casas; pequeñas praderas alrededor del caserío y, más arriba, grandes bosques de pinos. Los Rivat, no son ricos, tampoco miserables. Sobreviven, como todos los vecinos, haciendo mil oficios que redondean los frutos del trabajo agrícola.

La granja, como muchas de ellas, es mediana: cinco o seis vacas y diez a quince hectáreas de terreno poco productivo. Felizmente, la ciudad vecina, Saint-Chamond, ya está industrializada. Una de las posibilidades que ofrecen las fábricas a los agricultores de los alrededores es la elaboración de clavos.

Debajo de la cocina y de la habitación común de la casa, hay una especie de grutas que sirven para recoger las cabras, cerdos y gallinas. Una de dichas grutas sirve de taller donde se hacen los clavos con las barras que proporcionan las fundiciones. Todas las granjas tienen un banco de piedra y un horno donde se calientan las barras para luego cortarlas, afilarlas de un lado y ensancharlas del otro haciendo la cabeza del clavo.

Existe un cobertizo donde se guardan los útiles de labranza. Encima del mismo hay un pajar y un palomar. En otra construcción se encuentran el establo y el henil.

LA FAMILIA

En este lugar que acabamos de describir se estableció la joven pareja Rivat-Boiron. Se casaron pocos días antes de la apertura de los Estados Generales en mayo de 1789. Juan Bautista y Francisca son profundamente cristianos. La oración de la mañana y de la tarde, el rosario, la oración antes de las comidas, son actos que se efectúan con la regularidad propia de un convento.



De este matrimonio nacerían siete hijos, siendo Gabriel el último, nacido en 1808. Tiene tres hermanos y tres hermanas. La tranquilidad reina en el hogar y en el caserío. Sin embargo, a partir de 1793 estalla la guerra que durará veinte años. Numerosos jóvenes deben enrolarse cada año en el ejército. Napoleón amplía las fronteras de Francia pagando un fuerte precio en vidas humanas.

¿ Cuándo y cómo terminará esta situación?

El peligro aparece lejano por el momento, pero en 1811, Juan Bautista, el hijo mayor, de veinte años, es llamado a filas para participar en la campaña de Rusia.

En 1813 le toca el turno a Juan Antonio. La situación ha empeorado. Napoleón no consigue hacer frente a la coalición. Ese año movilizará a los jóvenes de 18 y 19 años a quienes denominarán los "María Luisa". Juan Antonio había tomado la seria decisión, de entrar al seminario en caso de volver sano y salvo.

Francisca, la madre, encuentra en la fe la fuerza necesaria para soportar esta dura prueba. Se confía a la Virgen del Rosario delante del altar que la parroquia le ha elegido: "Virgen María, devolvedme vivos mis dos hijos. Os prometo una bella estatua para vuestro altar y un hermoso cuadro. Servirán para hacer rezar a otras madres que, como yo, viven con la angustia de saber que, tal vez, uno de sus hijos ha muerto en el campo del honor".

CONSAGRADO A MARÍA

Un buen día el señor Rivat tiene que ir a moler unos sacos de trigo a Saint-Chamond: "Juan Bautista, he pensado que Gabriel y yo podríamos acompañarte. Basta que nos dejes al pie de la "Cuesta helada".

Saliendo temprano, llegaremos hacia las nueve de la mañana y nos volveremos a encontrar a las cuatro o las cinco de la tarde. Tú aprovechas para hacer las compras; Gabriel y yo iremos en peregrinación a Valfleury para pedir la protección de la Virgen María sobre nuestros dos hijos mayores".



El camino por recorrer, aun a partir de la "Cuesta helada", era sin duda largo para un niño de cinco años, pero Gabriel había prometido a su madre que sería perfectamente capaz de hacerlo.

Más de una vez había subido desde Maisonnettes a Barbanche. Ahora el recorrido era un poco mayor, pero no más escarpado. Además, bien valía la pena el esfuerzo para disfrutar del panorama que, desde la Cruz Blanca, cima de la Cuesta, se ofrecía desde los Paraqueux hasta el Cavanol y los montes del Pilat.

"Ten un poco de paciencia, decía la madre, unos metros más y verás Valfleury". Efectivamente, enseguida descubrieron un nuevo valle en el que se divisaba un pueblito surgido en torno a un antiguo santuario.

"Hace mucho tiempo, explicaba la madre, tal vez 1000 años, aquí no había más que bosques y prados. Fue el día de Navidad. ¡Los campesinos vieron una retama florida! ¡Te imaginas una retama florida el día de Navidad! Se acercaron a ver, y encontraron, bajo la retama, una estatua de la Santísima Virgen.

La llevan al cura párroco del poblado que se encuentra allá arriba, frente a nosotros, llamado el del Santo Cristo, para depositarla en la iglesia. Al día siguiente descubrieron con sorpresa que la imagen había vuelto sola bajo la retama.

Los pobladores del Santo Cristo comprendieron que la Virgen deseaba que la gente viniera a rezarla en ese valle. Construyeron, primero una capilla, luego, una iglesia. Desde entonces, los cristianos de los alrededores vienen en peregrinación a Valfleury... Veo que no estás cansado y que te gustaría bajar la cuesta corriendo. Haz como quieras. Espérame delante de la iglesia".

Efectivamente, el pequeño Gabriel corrió cuesta abajo con una alegría inmensa. Ese día había una delegación de uno o dos pueblecitos venidos en peregrinación a la "Virgen de la Silla", a media altura de la colina. Gabriel esperó a su madre y con ella se encaminó hacia la iglesia ya casi vacía. Ella le había explicado que venían a rezar a la Virgen por los dos militares, pero que tenía, además, la intención de consagrarle a la Madre de Dios.

"¿ Qué quiere decir consagrar?" preguntó Gabriel.

"Quiere decir que te entrego a ella. Tú eres mi hijo, pero como podrás comprender, antes de pertenecerme a mí, perteneces al Señor.

Tu hermano Juan Antonio, antes de irse a la guerra me dijo que quería consagrarse a Dios haciéndose sacerdote. Yo no sé qué harás tú cuando seas mayor, pero yo te entrego a la Virgen para que ella guíe tu vida hacia Jesús. Te he hecho un traje azul, el color de la Virgen María.



En la iglesia hay un sacerdote, le pediré que bendiga este traje y te lo pondrás de vez en cuando para recordarte que la Santísima Virgen te protege con su ternura". El sacerdote era un lazarista que se salvó de la guillotina en tiempos de la Revolución. Llevó a cabo, gustoso, la pequeña ceremonia, visto el gran fervor manifestado por la madre y por el hijo.

Como es natural, la peregrinación no podía consistir en un tiempo demasiado largo de oración para un niño tan pequeño, pero Gabriel aceptó gustoso todo lo que su madre le propuso. Después de haber almorzado sencillamente en el albergue, se dirigieron con premura hacia Saint-Chamond para reunirse con el padre.

DESPUÉS DE LA GUERRA

Terminada la guerra y de vuelta a casa los dos hijos mayores, a la señora Rivat le faltó el tiempo para encargarse de un cuadro de la Virgen del Rosario. El señor Ravéry pintó uno clásico: María ofreciendo un rosario a Santo Domingo y otro a Santa Catalina de Siena. La estatua fue comprada en Lyon. Estos dos ex-votos representaban una ofrenda generosa: 500 francos, correspondientes a dos salarios anuales de un obrero de aquella época.

Los dos jóvenes del frente debieron considerarse en pie de guerra por algún tiempo, ya que, un regimiento austríaco de ocupación dio bastante que hablar.

Dichos soldados no eran malos, pero, después de la victoria de Waterloo se consideraban en un país conquistado; poco acostumbrados al vino, se embriagaban fácilmente, hacían ciertas tonterías, amenazaban a la gente y disparaban tiros al aire para asustar.

Encargados de trasladar los cañones desde Saint-Chamond hasta el puerto de la Barbanche, debían pasar por Maisonnettes, pero, los caballos, agotados por el esfuerzo que representaba subir artefactos tan pesados, se negaron a continuar la ascensión, motivo por el cual los soldados se vieron obligados a solicitar algunas parejas de bueyes; este hecho sirvió para calmar a los soldados y reconciliarlos con la gente.

Este ejército de ocupación no apareció sino raras veces, y la vida recuperó el ritmo de las estaciones, moribundas en otoño, muertas en invierno, recobrando la vida hacia finales de marzo. Empezaba entonces el trabajo del pastoreo, la intensa actividad de la recogida del heno, de las cosechas, de las patatas y de las sementeras.

UN NUEVO VICARIO

Un buen día, en la época de la cosecha de 1816, corre la noticia de la llegada de un nuevo Vicario. Efectivamente, Gabriel alcanza a ver, bajando la cuesta de la Barbanche, un apuesto joven con sotana, que camina con paso decidido a pesar del calor.

Viene de Marlhès, dicen, un pueblo de los alrededores de Tarantaise y de Saint-Genest-Malifaux, distante unos veinte kilómetros.

El 15 de agosto, con motivo de la misa y del sermón el nuevo Vicario causa una agradable impresión. Después de la misa saluda a la gente; aparece con aire familiar; demuestra conocer bien todo lo relativo a la tierra, a los trabajos, a los instrumentos de labranza y a los animales. Ese día, durante la comida, en casa de la familia Rivat, todos manifiestan la alegría de tener un nuevo y simpático sacerdote.

A fines de octubre anuncia que pronto empezará el catecismo. Anuncio especial para Juan María, el tercero de los varones. Tiene once años, ha seguido el catecismo del párroco en años anteriores y piensa hacer la primera comunión el año próximo. Está encantado desde el primer día; el Vicario Champagnat lo hace de maravilla: cuenta historias y nadie tiene tiempo para aburrirse.

Un día, Juan María vuelve contentísimo: "Gabriel, el señor Vicario ha prometido un premio a quienes lleven consigo un vecino, un primo o un hermano. ¿Quieres venir al catecismo?" - Si crees que con ocho años no soy demasiado pequeño, iré gustoso.

Los padres de Gabriel están de acuerdo. Esta será una buena ocasión para que Marcelino conozca la profunda vida cristiana de la familia Rivat, de la cual dará testimonio más tarde permitiendo que Gabriel haga la primera comunión a los diez años, cuando normalmente se hacía a los doce o a los trece.

La ceremonia tuvo lugar el 19 de abril de 1818, el cuarto domingo de Pascua. Marcelino regala a Gabriel un librito: El Mes de María.



El año anterior, el joven Vicario había introducido esta devoción, nueva en Francia, de un mes especialmente dedicado a la Virgen María. El segundo año propone extender esta práctica a los poblados vecinos; de esta forma, el pequeño Gabriel tiene la oportunidad de hacer la lectura diaria al grupo que se reúne cada día en Maisonnettes.

El joven y dinámico sacerdote ha confiado a un maestro de escuela la formación de un grupo de tres o cuatro jóvenes del pueblo que también desean ser maestros. Corre la voz de que se trataría de un grupo de Hermanos, es decir de religiosos como lo Hermanos de las Escuelas Cristianas que dirigen la escuela de Saint-Chamond.

2. EN LA ESCUELA DE MARCELINO

VOCACIÓN TEMPRANA

Gabriel ha ido a la escuela durante dos inviernos y ya empieza a pensar en su futuro. ¿Qué hará después de la primera comunión? La escuela termina en Pascua, ya que, a partir de esa fecha los jóvenes y las muchachas deben ocuparse de los trabajos agrícolas y de los rebaños.

Por otra parte, está también el grupo de jóvenes con el Vicario y el maestro. Podría unirse al grupo y aumentar así su instrucción. ¿Por qué no?

- ¿Para qué más estudios? le pregunta la madre.
- Para hacerme hermano. Los jóvenes que están con el P. Champagnat, en la casa vecina al presbiterio, se llamarán Hermanos Maristas.
- Bueno, si así lo deseas, yo misma te prepararé todo lo necesario.



El 6 de mayo de ese mismo año, mamá Rivat conduce a su pequeño Gabriel ante el P. Champagnat: "Tome este niño y haga de él lo que desee, pertenece a la Sma. Virgen a quien lo he dado y consagrado infinidad de veces".

Así de sencillo. Gabriel está feliz y contento. Es el sexto del grupo. Los demás son mayores que él, pero eso no importa. El P. Champagnat se preocupa de manera especial de la formación intelectual de Gabriel, le enseña el latín, aunque no por mucho tiempo.

El colegio secundario de Saint-Chamond, cuyos efectivos son escasos, se queja de los sacerdotes que, en las casas parroquiales, enseñan el latín, sustrayendo así alumnos a los profesores autorizados para tal efecto. Los inspectores deben luchar contra esa competencia "desleal", por lo que el P. Champagnat abandona dicha enseñanza.

Mientras tanto, Gabriel va iniciándose junto con sus compañeros al método de enseñanza practicado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, denominado simultáneo. Este método da la posibilidad de trabajar con grupos diferentes, al mismo tiempo y sin pérdida del mismo, en el aprendizaje de las disciplinas básicas: lectura y cálculo, y sobre todo, catecismo y oración.

Lo que, en realidad tiene en mente el joven Vicario es una evangelización más que una simple instrucción, objetivo que sus discípulos captan perfectamente. Reciben una formación intelectual elemental que les permite situarse al nivel de los escasos maestros de escuela de los alrededores.

En cambio, su formación espiritual, es muy exigente. Pronto, el sacerdote les propondrá un hábito; no un hábito eclesiástico, sino un hábito negro que les distinga de los aldeanos y les obligue a una cierta separación del mundo.

A partir de 1818, emiten, no votos, sino promesas que les preparan a la posibilidad de consagrar su vida totalmente al Señor; especialmente a través de una obediencia sin "réplica", la puesta en común de los bienes y la aceptación de enseñar gratuitamente a todos los alumnos que el señor párroco considerará indigentes.

Gabriel, resueltamente decidido a hacerse Hermanito de María, se prepara a este compromiso con la recepción de la confirmación, que recibe el 3 de agosto de 1818, con la entrada en la cofradía del escapulario el 17 de junio de 1819 y, el 8 de septiembre de ese mismo año, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, hace las promesas de los Hermanitos de María. Tiene once años. Viste, ese día, el hábito que da a su comunidad un tono de separación y toma un nuevo nombre: Francisco, en recuerdo de su madre Francisca.

Lleva a cabo estos actos con una gran conciencia. Siete años más tarde recordará en su diario que era jovencísimo cuando abandonó el mundo.

MAESTRO DE ESCUELA A LOS 12 AÑOS

La obediencia "sin réplica" manifestará pronto sus exigencias. Se produce un acontecimiento que obligará al P. Champagnat a reorganizar sus primeros equipos de enseñantes. Necesita un tercer Hermano para su escuela de Marlies. Como, por otra Parte, se vio obligado a suspender las clases de latín, propone al Hermanito Francisco, con doce años y medio, de ser ese tercer Hermano, que debería encargarse, esencialmente, de la cocina.

No se trataba de cosas demasiado difíciles: tres sopas abundantes al día, un trozo de tocino de vez en cuando, queso, y ensalada cuando la nieve desaparece. El Hermano que va con él, y que ya tiene casi treinta años, es experto en ese arte culinario.

Veámosles encaminarse hacia Marlhés un día de enero en el que ha nevado en abundancia. Nos cuentan que, en un determinado momento, el Hermano Francisco no puede caminar, debido, seguramente, a una ampolla en un pie, el Hermano Lorenzo debió echárselo a los hombros hasta llegar a casa.

A pesar de su juventud, el Hermanito Francisco es capaz de dar clase. Por las tardes se ocupará de los más atrasados para enseñarles la lectura, el catecismo y la oración.

En aquel tiempo los niños solo frecuentaban la escuela algunos meses, durante el invierno, pero, visto el entusiasmo de los Hermanos, hasta los mozalvetes de catorce y quince años, que no saben ni leer ni escribir, desean aprovecharla oportunidad.



Para el Hermanito Francisco no era fácil presentarse ante aquellos jovencuelos. Se cuenta que colocaba una piedra debajo del escritorio para aparecer un poco más alto. ¡Experiencia dura, por cierto!

Por Pascua del año 1821, vuelve a La Valla, y pasando por Tarentaise, va a saludar al señor Préher que conocía a su familia y especialmente a su hermano Juan Antonio, seminarista desde que dejó el ejército y ya ordenado de subdiácono.

El señor cura de Tarentaise es gran amigo de Marcelino, pero se escandaliza un tanto al ver que se confía la clase a un niño de doce años que sería un excelente candidato al seminario: "¿Por qué no haces como tu hermano?" La respuesta nace espontánea: "Porque yo no hago mi voluntad, sino la voluntad de Dios que se manifiesta por intermedio de mi Superior".

El señor Préher queda estupefacto. Al día siguiente dirá al hermano Director de La Valla: "Vuestro Hermanito Francisco me ha quitado el sueño esta noche. Tiene sentimientos sublimes".

El 1° de noviembre de 1824, fiesta de Todos los Santos, el Hermano Francisco es enviado a Vanosc. Las condiciones de insalubridad de la escuela de Marthes, peligrosa para la salud de los Hermanos y de los alumnos, obligaron a cerrarla a los tres años de funcionamiento. En Vanosc ocurrió lo mismo cuatro años más tarde.

La idea de escuela, en realidad, es algo totalmente nuevo para aquellas aldeas, si algo existía, no era otra cosa que un pequeño local para ocho o diez alumnos con un maestro que utilizaba un método individual.

Con los Hermanos se impone rápidamente el método simultáneo con grupos de ochenta a cien alumnos. Se necesitan dos locales, por lo menos, aunque, a menudo, se deben contentar con la primera casa que se presenta.

El P. Champagnat exigirá condiciones cada vez más definidas tanto para los locales como para el huerto o los servicios higiénicos. Es cierto que, en los inicios, es difícil obtener el mínimo necesario. Ser maestro es el último de los oficios.

En todo caso, el Hermano Francisco sabe tomar las cosas como vienen. Canta bien y la liturgia, en esa región, se celebra con esmero e interés.

Antes de la Revolución, Vanosc pertenecía a la diócesis de Viena; está, junto con Lyon, era uno de los puntos de referencia cristiana más antiguos de Europa.

En Vanosc había, de vez en cuando, misas con diácono y subdiácono, pero encontrar tres sacerdotes disponibles era un tanto difícil. El párroco pedía al Hermano Francisco oficiar de subdiácono:

- "Usted canta bien, usted cantará la epístola.
- Soy demasiado joven, no tengo más que quince años.

- No se preocupe, la Hermana San Pedro tiene una experiencia de más de cincuenta años en nuestra liturgia; tenga confianza en ella".

Llegado el día, la Hermana San Pedro miraba al Hermanito Francisco revestido con la dalmática.

- "No, realmente no puede ser. ¡Este hábito es para un anciano; debo convertirle en un viejecito!"

Y tomando unos polvos de arroz hizo encanecer en un santiamén la cabeza del Hermanito Francisco.

- "Un poco sobre las cejas. Ya está. Ni siquiera sus alumnos le reconocerán. Ahora es más viejo de lo que debería ser un subdiácono". Y toda la sacristía reía alegremente.

CONSTRUCCIÓN DEL HERMITAGE

Al llegar la Pascua, los niños terminaban la escuela, pero el P. Champagnat no dejaba a los hermanos sin trabajo. El año 1824 estuvo lleno de acontecimientos. Fue nombrado un nuevo obispo, Monseñor de Pins. Éste apoyaba al P. Champagnat y su idea de fundar una congregación. Hasta ese momento el pobre Vicario de La Valla había vivido bajo la amenaza de un Vicario general que ahora sería reducido al silencio.

El nuevo obispo prometía ayuda financiera para la fundación de una casa noviciado y una casa madre. El Hermano Francisco supo todo esto volviendo a La Valla. Con el tiempo conocería también el lugar para la nueva casa.

"Mañana lo verás, le había dicho el P. Champagnat, pues los trabajos están por comenzar. Hay que hacer terrazas y levantar muros a lo largo de río Gier".

Al día siguiente, un buen grupo, armado de picotas y palas, tomaba la dirección de Saint-Chamond. Pasaron la aldea de la Rive. Un pequeño puente recién levantado permitía atravesar el Gier sin mojarse. Luego subieron hacia Soulage. Desde allí se podía ver el lugar escogido. Un profundo barranco y se encontraba uno con las orillas del Gier.

- "Hemos llegado; es ahí en la orilla derecha. Y ahora, manos a la obra".



Verdaderamente, aquel trabajo era una osadía. Durante seis meses, hermanos y obreros se dedicaron a la obra como constructores de catedrales. La jornada comenzaba con la oración común, la misa y, a continuación, cada uno iba a su tarea: nivelar el terreno, extraer piedras, cortar árboles, etc...

Eran como pioneros tomando posesión de un nuevo territorio. Se acostaban donde buenamente podían, en la granja o en el establo del vecino de la orilla izquierda. A los pocos días llegaron los curiosos a ver crecer el edificio, los generosos con víveres para los trabajadores, los simpatizantes a cantar con ellos las vísperas del domingo al aire libre.

¡Había que ver! Como escribía un vecino. "los periódicos podrían hablar... son los druidas de antaño".

El Hermano Francisco dejaría el trabajo inacabado pues, a primeros de noviembre, debía volver de nuevo a la escuela.

Quedaban suficientes obreros. La empresa fue terminada a primeros de diciembre.

Las malas lenguas no podían faltar:

- "Es una locura. Construyen para 150 y ellos no llegan a 30 en total".

El Hermano Francisco conocía perfectamente la fe de su Fundador: "Tengo el apoyo de mi obispo. Eso me basta para saber que hago la voluntad de Dios. Dejemos hablar a los hombres".

El Hermano Francisco tomó el camino de Vanosc, feliz de ver la dirección que tomaba la obra de María. ¡Quién hubiera podido pensar en 1818, cuando entró en la Congregación, que seis años más tarde sería necesario agrandarse tanto!

DIRECTOR DE ESCUELA A LOS 17 AÑOS

De Vanosc, pasaría a otra escuela de l'Ardèche, Boulieules- Annonay, donde acababa de morir el Hermano Juan Pedro, quien inaugurara en 1825 la lista de los difuntos maristas, o en otros términos, la Provincia marista del Cielo. El Hermano Francisco se convierte, con 17 años, en el director de esta escuela. Era como para asustarse. Tiene la idea de solicitar al P. Champagnat que le componga una oración. He aquí algunos fragmentos:

"¡ Oh, Virgen María, oh, madre mía! He sido enviado aquí para hacer el bien. Pero bien sabéis que no puedo nada sin la ayuda de vuestro querido Hijo y la vuestra. Por ello os pido vuestra protección, o mejor, que lo hagáis todo por mí... Venid a conducir mis manos, mis pies, mis labios, toda mi persona de tal modo que yo no sea más que vuestro instrumento. Cuando tenga algún niño difícil, yo os lo confiaré, Madre, para que le ayudéis, haciendo siempre de mi parte todo lo que esté a mi alcance...

Tened piedad de vuestro hijo que se pone en vuestras manos con la seguridad de que no le abandonaréis".

Ese año 1825-26 pasó, efectivamente, sin grandes problemas, y la vida espiritual del Hermano Francisco toma su ritmo de crucero: constante progresión en el fervor.

"Ser tibio, escribe, sería para mí el reproche más amargo" y añade: "Me gustaría vivir olvidado y desconocido aún dentro de mi comunidad".

3. EL BUEN SUPERIOR

HACIA OTRAS RESPONSABILIDADES

En realidad el Hermano Francisco parece destinado a ser promovido de día en día. El 11 de octubre de 1826 forma parte del primer grupo de Hermanos que hace los votos perpetuos. Solo tiene 18 años, pero las disposiciones del derecho Canónico de la época no prohíben compromiso tan precoz, y el Hermano Francisco es tan maduro espiritualmente que su corazón desborda de alegría. A tal punto que el P. Champagnat puede decirle imponiéndole la cruz de profesión: "Hijo mío, envidio su felicidad". El nuevo profeso escribe ese día. "Mi cuerpo es como un templo en el que mi corazón será el santuario".



Es nombrado director de las clases del noviciado en el Hermitage, donde permanecerá durante 32 años. Será testigo de todos los acontecimientos que marcarán la historia de esta casa a la cual dará el nombre de "gran relicario del Padre Champagnat".

Su vocación no se caracteriza por el dinamismo del P. Champagnat, quien después de lanzarse a una empresa es capaz de remover cielos y tierra para hacerla crecer. El Hermano Francisco, se contentará con ser el fidelísimo imitador del fundador. Aunque con maneras más modestas, hará verdaderas maravillas.

Mientras tanto, da clases a los novicios, es decir a los jóvenes que, seis meses o un año antes llegaron casi analfabetos. Hay que prepararlos, en dos años, para obtener un diploma, o por lo menos, a enseñar la lectura, el catecismo, la escritura y el cálculo.

Aunque las vocaciones son numerosas, los pedidos de fundación de nuevas escuelas lo son más aún. Se da una formación un tanto apresurada que el P. Champagnat se preocupará de mejorar con cursos de vacaciones que dejarán admirado al inspector académico.

Como el Hermano Francisco es un hombre que no pierde tiempo, encuentra el medio para adquirir buenos conocimientos en las disciplinas básicas como la gramática y la aritmética, y otras muchas como la agrimensura, la química, la literatura, etc. Una rama que no cesará de apasionarle será la farmacéutica.

Aprende a elaborar remedios; esto le permitirá ejercer como enfermero una buena parte de su vida. Se conserva un volumen suyo, de 848 páginas donde ha recogido el nombre de muchas enfermedades, su diagnóstico y su tratamiento: un conjunto impresionante que puede servir a un investigador para conocer la ciencia (?) de la época.

Para sanar a un enfermo de cólera, hay que calentarlo tanto interior como exteriormente, rodearlo de ladrillos calentados al horno, fraccionarle con ortigas, pasar por encima de su cuerpo una plancha tan caliente como sea posible. Después de que haya vomitado, debe beber un vaso de aguardiente al cual se han añadido una docena de granos de pimienta bien triturados.



La medicina de la época no es suave, buscaba especialmente la eficacia. Un tal Hermano Antonio, más tarde misionero en Oceanía, cuenta que tenía una carie en un diente.

El Hermano Francisco le aplicó un tónico cuyo resultado inmediato fue un desvanecimiento, sintiéndose, acto seguido, muy aliviado de su dolencia.

El enfermero se perfecciona poco a poco, fabrica ungüentos y hasta una bebida compuesta de nueve plantas mezcladas con aguardiente. Esta composición dará a otro Hermano (Emmanuel) la idea de lo que sería más adelante un licor vulnerario famoso, el "arquebuse", fabricado en Italia con el nombre de "alpestre".

En 1831, llega al Hermitage un seminarista muy bien dotado, el cual ha decidido no continuar la carrera eclesiástica. Se llama Luis Labrosse. Como ha hecho los estudios secundarios completos, más tres años de filosofía y teología, tiene una formación muy superior a todos los Hermanos llegados hasta el momento. El Hermano Francisco va a poder beneficiarse de sus conocimientos, no solamente en teología, sino también en álgebra, astronomía, cómputo eclesiástico, etc.

Poco a poco el P. Champagnat hace del Hermano Francisco una especie de secretario general, e incluso le confía la dirección de la Casa y de los Hermanos durante su permanencia en París para obtener el reconocimiento legal de la Congregación.

DIRECTOR GENERAL A LOS 31 AÑOS

El P. Champagnat regresa de la Capital más extenuado que nunca. Por una parte, no ha obtenido nada, por otra, un cáncer (lo llamaban gastritis) comienza a minar sus fuerzas. Esto aparece de manera evidente en 1839 y es necesario prever a su sucesión. Aguantará lo más posible, pero el nombramiento de un sucesor evitará posibles tergiversaciones póstumas.

La elección tiene lugar el 12 octubre de 1839. Sobre un total de unos 250 hermanos, la mayoría muy jóvenes, 92 tienen derecho a voto debido a su antigüedad en la Congregación. Cada uno escribe tres nombres y el recuento de los votos se hará en público. El Hermano Francisco obtiene la mayoría, por lo que es nombrado Director General de los Hermanos.

Los Hermanos, en el pensamiento del P. Champagnat son solamente una rama del conjunto marista que comprende además los Padres, las Hermanas y la Orden Tercera. Desde 1836 el Superior General del conjunto es el P. Colin, fundador, con el P. Champagnat, de la rama de los Padres.

El P. Colin no intervino en la fundación de los Hermanos pero el P. Champagnat insistirá en la unidad entre Padres y Hermanos hasta su muerte.

El P. Colin quería la elección llevada a cabo por los Hermanos, pero siempre le queda una pequeña inquietud. Por ello escribe al P. Champagnat el 24 de abril de 1840: "Temo el vacío que Ud. dejará si el Señor le llama. ¡Hágase la voluntad de Dios!



Este temor me sugiere la idea de poner en manos de Monseñor... El obispo nombrará, sin duda, un sacerdote marista que se ocupe de los Hermanos y esta ayuda a la primera autoridad redundará en beneficio de todos. Comuniqué esta idea a los dos Hermanos, Francisco y Luis María y oren todos al Señor para que nos dé a conocer su divina voluntad".

Antes de que el Hermano Francisco haya comenzado a ejercer su nuevo cargo ya se duda de su capacidad de ejercerlo. ¡Qué importa! Acepta la jurisdicción del P. Cholleton, un ex- vicario general, ahora Padre marista. Después de la muerte del P. Champagnat (6 de junio de 1840), caerá muy pronto en la cuenta de que los Hermanos Maristas poseen una troika (Hermanos Francisco, Luis María y Juan Bautista) muy segura y eficaz.

El título del Hermano Francisco: solamente Director General demuestra a las claras que deberá tomar en cuenta al Provincial Cholleton y al Superior General Colin.

Este último le censura duramente por querer emprender nuevas construcciones cuando la casa tiene todavía deudas. El P. Champagnat fue un constructor infatigable: nunca dudó, por la fe, de poder obtener ayuda de los tesoros de la providencia. Contrajo deudas, pero nunca demasiadas o de manera inconsciente.

Era simplemente realista: si recibía vocaciones tenía el deber de alojarlas correctamente. Este principio no era del gusto de todos y, a menudo, se le criticaba por hacer continuamente trabajos manuales, construcciones o adquirir nuevas deudas. Esta política, que aparecía inaceptable en un sacerdote, aunque fuera un fundador, lo era más aún en su sucesor.

El Hermano Francisco aceptaría humildemente la amonestación, pero la Providencia le daría una mano por intermedio de un bienhechor generoso que regalaría los 22.000 francos necesarios para pagar todas las deudas de la casa.

FEDERACIONES IMPORTANTES

Si no puede imitar a Marcelino como constructor, quedan otras muchas tareas que terminar en la empresa que puso en marcha. Una de las más urgentes es la fusión con otra Congregación: los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux que se llaman: Hermanos de la Doctrina Cristiana de Valence. Se trata de la unión completa de las dos Congregaciones con la intención principal de liberar a los Hermanos Maristas del servicio militar.

Esto tiene una explicación. El servicio militar era, no de uno, sino de seis años. Un período tan largo aparecía nocivo a la vocación de los Hermanos.

No todos eran movilizados, pero el sorteo solía afectar a la mayoría. Los enseñantes que se comprometen a dar clase durante diez años están dispensados del servicio militar, pero la mayor parte de los novicios que vienen al Hermitage tienen alrededor de 20 años, y antes de obtener un diploma ya han sido llamados a filas.



El título del Hermano Francisco: solamente Director General demuestra a las claras que deberá tomar en cuenta al Provincial Cholleton y al Superior General Colin.

Un religioso perteneciente a una Congregación autorizada legalmente no está obligado a firmar el compromiso de diez años. Se presenta ante la autoridad militar y, automáticamente, queda exento gracias a su "obediencia".

Los Hermanos Maristas no tienen la aprobación legal, pero la Congregación de Saint-Paul-Trois-Châteaux, siendo mucho menos numerosa, obtuvo la autorización en un período afortunado (1823), beneficiándose de la exención.

El problema consistía en hacer extensiva la exención válida para los tres departamentos del sur a los diferentes departamentos donde se encuentran los Hermanos Maristas.

El resultado será solamente parcial por lo que toca a la finalidad concreta de la exención. La verdadera unión se realiza a nivel de Congregaciones. Ello representa una nueva "Provincia" para los Hermanos Maristas, provincia que se desarrollará de manera extraordinaria. La fusión definitiva se obtuvo en 1842.

En un departamento vecino, l'Ardèche, se plantea un problema parecido con los Hermanos de la Doctrina Cristiana de Viviers. La fusión tuvo lugar en 1844, lo que da lugar al nacimiento de otra "Provincia" marista, floreciente y próspera como la anterior.

Como el reconocimiento oficial no se obtendrá hasta 1851, el Hermano Francisco debe recurrir, durante este intervalo, a soluciones diferentes: enviar algunos Hermanos jóvenes a dar clase en las escuelas pertenecientes a Saint-Paul o a Viviers, o también a pagar los reemplazos. Esto, es relativamente fácil, pero bastante dispendioso. Por este concepto, en 1841, tuvo que pagar 6.000 francos, es decir el equivalente a 15 salarios anuales.

SIGNOS DEL SEÑOR

Sería un error, sin embargo, pensar que el Hermano Francisco pierde la serenidad. No olvida las palabras de Jesús a Jairo, cuya hija va a resucitar: "No temas, cree solamente" Y el Señor le envía algunos signos para fortalecer su fe.

Poco después de la muerte del Fundador en noviembre de 1840, el Gier se desborda.

Aunque se le había canalizado en el momento de la construcción del Hermitage en 1824, cuando todos los arroyos de las colinas juntan sus aguas formando el Gier, éste puede ser peligroso. Se nos habla de lluvias torrenciales durante varios días acompañadas de una furiosa tormenta.

El agua está ya en la huerta y ha inundado los comedores, escuchándose un fragor siniestro bajo los mismos. Las oleadas arrastran troncos de árboles que vienen a chocar contra el puentecillo. ¿Qué se puede hacer contra los elementos desencadenados?

El Hermano Francisco convoca a la comunidad en la capilla. Se recitan el miserere y las letanías de la Virgen como se hacía en La Valla cuando el Hermano Francisco era jovencito. Durante esta oración, cesa la lluvia. Cuando descienden a los comedores para la cena, el agua se ha retirado.



Dos años más tarde el Hermano Francisco es objeto de otro pequeño milagro. Llega muy tarde a Usson, donde los Hermanos tienen una escuela. Es invierno. Hace mucho frío.

No sabemos lo que ha pasado, pero sabemos que son las once de la noche.

Evidentemente, tanto la gente del lugar como los Hermanos, están acostados desde hace dos o tres horas.

El Hermano Francisco llama a la puerta de la casa. Nadie responde. Prueba por otra puerta, por una ventana. Nada. Sigue llamando con todas sus fuerzas; camina un poco para calentarse; vuelve a llamar. Piensa entonces en el P. Champagnat. Han vivido tan estrechamente unidos en la tierra, ¿por qué no podría intervenir ?

En ese momento el H. Director se despierta. (Es un compatriota del P. Champagnat. Se llama Juan María Vialleton y al entrar al noviciado en 1838, recibe el nombre de H. Camilo).

Tiene la impresión de salir de un sueño en el que aparecía sobre su almohada una mano que surgía de la manga de un roquete de encaje. Pero no sueña. La mano está todavía allí y escucha claramente una voz: "Levántate, el Hermano Francisco espera en la puerta" (Esto, lo cuenta él mismo). Va pues a abrir la ventana, no sin dificultad, pues está congelada. Pregunta quién está allí. Al reconocer la voz del Hermano Francisco desciende precipitadamente: "Perdonadme por haberlos quizá hecho esperar". "En efecto, espero desde hace más de dos horas. He rezado, he gritado, he llamado. Al no lograr nada tenía casi la intención de probar fortuna en el albergue. Tuve entonces la idea de invocar al P. Champagnat y ha venido Usted".

ADELANTE A PESAR DE LAS DIFICULTADES

Tales signos animaban al Director General a seguir adelante a pesar de su salud deficiente. Tenía frecuentes dolores de cabeza que reducían considerablemente su actividad, a tal punto que pensaba dar su dimisión. Ya en 1843 tuvo un período de anemia que lo incapacitó para escribir. Una fervorosa novena a San José lo había sanado, pero seguía débil y sus asistentes deberían aliviarlo de una parte de su trabajo.

En aquellos años, la Congregación crece rápidamente. En 1844 cuenta con tres grandes sectores: El Hermitage, Saint-Paul y La Bégude-Aubenas (Hermanos de Viviers), con 200 profesos perpetuos, 171 Hermanos de votos temporales, 126 novicios y 75 postulantes. Otros dos inicios de sectores se forman en torno a Vauban (Saône-et-Loire), para el centro de Francia y de Beaucamps, para el norte. Y hay 9 Hermanos en Oceanía.

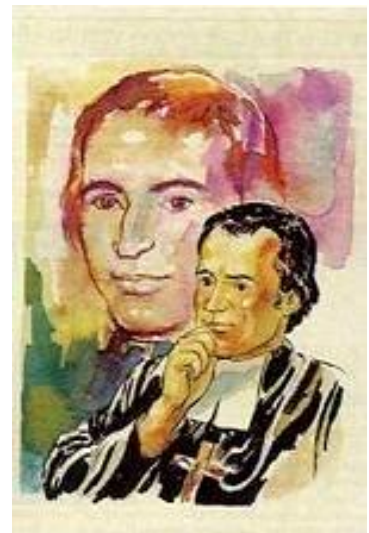
El Hermano Francisco no se siente con la cultura necesaria para redactar largas circulares doctrinales. Por lo tanto va a decir cosas muy sencillas, pero profundamente sentidas, sobre los privilegios de María, en particular sobre su Inmaculada Concepción que no es aún un dogma, pero que es "la devoción todo el episcopado, de todo el clero y de toda la Iglesia".

Propone resoluciones concretas con respecto a los alumnos: enseñarles una oración que puedan decir durante toda su vida, por ejemplo el Acordaos.

Recordando la oración que le compuso el P. Champagnat, invita a cada Hermano a recurrir a María ante "la ligereza y la insubordinación de los niños".

Ha debido experimentar aquello "esta edad no tiene compasión" pues, entre las virtudes que hay que enseñar a los niños, pone el acento en la "compasión por sus semejantes".

En febrero de 1848 ocurre una revolución que, no es anticlerical excepto en la región de Lyon y Saint-Etienne, en donde, los llamados "voraces" destruirán los telares de los orfanatos de los Hermanos y de las Hermanas. Motivo: allí se aceptan trabajos por debajo de la tarifa mínima fijada por las asociaciones obreras. Las amenazas contra el Hermitage, se reducen a una simple alerta pues los agitadores debieron enterarse que la casa no era orfanato. Como protección, el Hermano Francisco hizo colocar, sencillamente, una medalla de la Milagrosa en la puerta de entrada.



HACIA EL RECONOCIMIENTO LEGAL

La revolución de 1848 tomará, en junio, un giro bastante diferente. Lleva al poder a Carlos Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón I; como presidente de la república da un golpe de estado para ser, finalmente, proclamado emperador bajo el nombre de Napoleón III en 1852.

Durante el tiempo en que es presidente, las gestiones con vistas al reconocimiento legal de la Congregación de los Hermanos Maristas llegan a su fin y, como había profetizado el P. Champagnat, del modo más favorable posible.

Las negociaciones han sido largas y penosas y el Hermano Francisco ha debido pasar meses en París para conocer las gestiones, visitar a las personas a quienes hay que solicitar un apoyo, informarse de la evolución del "dossier" en uno u otro comité.

En su conjunto, esta Congregación que solicitaba la aprobación desde hacía tanto tiempo, que tenía el parecer favorable de los consejeros generales de muchos departamentos, iba viento en popa.



Por otra parte, el anciano H. Lorenzo, el que antaño llevó sobre sus hombros al Hermano Francisco y que ahora iba a morir, decía a sus superiores cuando venían a saludarlo antes de viajar a París.

"Estén tranquilos, muy tranquilos; cuando esté allá arriba, con el P. Champagnat, verán que arreglaremos todos los asuntos entre los dos".

El H. Lorenzo moría el 8 de febrero de 1851. El 20 de junio del mismo año el decreto firmado por el Príncipe-Presidente del Estado era una brillante victoria para los Hermanos Maristas. Se reconocía en él:

- **el carácter religioso de su asociación,**
- **su existencia civil, como establecimiento de utilidad pública,**
- **su extensión a Francia entera,**
- **con todos los derechos civiles.**

Recibido por el Príncipe-Presidente, el Hermano Francisco encontraría la frasecita adecuada: "Nos alegra deberos el mismo favor que los Hermanos de las Escuelas Cristianas deben al Emperador vuestro tío". Recordaba así que, Napoleón I, 50 años antes, había confiado en los discípulos de San Juan Bautista de La Salle frente a ministros muy poco religiosos.

El Hermano Francisco era plenamente consciente de que acababa de recibir un favor excepcional del cielo y de que había que demostrar toda la gratitud posible. Prescribiría, por tanto, a toda la Congregación, abundantes oraciones de acción de gracias. Exhortaba también a todos los Hermanos a la sencillez y a la humildad. El éxito no era para la gloria del grupo sino para la gloria de Dios.

El Padre Champagnat, antes de su muerte, había conocido en París al señor Desgenettes, fundador de la archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias que, como la Medalla Milagrosa, tenía una aceptación mundial increíble. El Hermano Francisco había mantenido esos contactos y había hecho la promesa, si se obtenía el reconocimiento legal, de comprar una statua de Nuestra Señora de las Victorias.

Erigida entre la casa del Hermitage y la huerta, invitaría a los Hermanos a la acción de gracias. Se colocaría también una estatua de San José, a quien se había rezado mucho, quedando así unido a María en la gratitud de los Hermanos.

En el momento del reconocimiento legal, la Congregación de los Hermanos Maristas cuenta con 826 Hermanos, de los que 565 son enseñantes y los demás estudiantes o jubilados. El reverso de la medalla es que las peticiones de apertura de escuelas se hacen cada vez más numerosas, lo que impide prever para los candidatos una formación más larga y sólida.

¿De dónde proviene esta demanda? La Francia profunda, campesina, recela la influencia del enseñante socialista que aparece como la causa de las insurrecciones de 1848. El mundo campesino vive en la pobreza, no en la miseria de los arrabales de las grandes ciudades que revela la investigación de Villerimé en 1840. Los campesinos quieren por lo tanto, el orden, no la subversión. Piden escuelas de Hermanos. Los Hermanos, por su parte, no tienen preocupaciones políticas. No leen los periódicos. El Hermano Francisco los quiere preocupados por hacer bien la clase y el catecismo: deben ser, esencialmente, obreros del evangelio.

Su preocupación social aparece en los diversos modos de caridad, en particular la limosna hecha cada día en el Hermitage, como lo hace notar una religiosa que vivía allí por entonces.

El período entre 1850-1880 es un período fausto para la enseñanza cristiana. El Hermano Francisco y sus Hermanos entran en este frente por la Gloria de Dios. Como dirá más tarde Peguy hablando de la "pax romana" que favoreció la difusión del evangelio: "Los pasos del César facilitaron el camino de la Buena Noticia". Si la escuela cristiana puede, mejor que nunca, extender el reino de Cristo, ¡mejor que mejor! Si, más tarde, los Hermanos son expulsados de las ciudades de Francia, se irán al extranjero. Eso, también estará de acuerdo con el Evangelio.

!!! “ALLÍ DONDE HAY HOMBRES...” !!!

El Hermano Francisco sabe, cómo no, que en un grupo de 800 Hermanos, formados con demasiada prisa, no se puede alcanzar fácilmente ese fervor maravilloso de los primeros tiempos que él conoció en La Valla cuando eran siete u ocho.

Se queja en una circular: " ¡Qué pocos son los que desprecian por el mundo y sus juicios, por sus bienes, sus vanidades y su ambición! ¿Dónde están entre nosotros los verdaderos pobres de espíritu, los verdaderos humildes de corazón, los verdaderos amantes de la cruz de Cristo?"

Es el eterno problema, que lo fue ya de Moisés, de los profetas, de San Pablo con los primeros cristianos, de San Bernardo con sus monjes, el de todos los reformadores, que tienen que remecer sin cesar a los hombres, buenos, pero débiles, siempre inclinados a seguir la pendiente de la facilidad, en vez de los duros senderos del Calvario.

El año 1852 le proporcionará, justamente, la ocasión de mostrar que se puede ser, como Jesús, manso y humilde de corazón y sin embargo expulsar a los mercaderes del templo.

Llega al 12° año de su mandato. Durante este período se ha logrado superar las dificultades y progresar en número; pero todas las Congregaciones deben tener, según un ritmo fijo, lo que se llama un Capítulo General, es decir, una reunión de delegados que van a reflexionar sobre lo que se ha hecho, lo que deja que desear, lo que hay que reformar. Es algo así como unos pequeños "Estados Generales" y se sabe que éstos introdujeron la revolución de 1789.

Para el Hermano Francisco y sus asistentes es evidente que este Capítulo General debe ser una ocasión de mayor fervor, de mayor preocupación por la vuelta a las fuentes, pero para otros es lo contrario. Como cada uno tiene derecho a expresarse en un Capítulo General, los descontentos están preparados para entrar en liza.

Han encontrado el modo adecuado: pasar por el Padre Colin, ya que es el Superior General. Evidentemente es algo poco honesto pues el Padre Colin tiene muy poco contacto con los Hermanos y conoce mal sus problemas.

El grupo de Hermanos que quiere sacudirse el yugo le envía nuevos "cuadernos de quejas" mezclando hábilmente piedad y constestación. Se quejan de que no hay bastantes sufragios por los difuntos - ¡santa preocupación! -, que los Hermanos no están suficientemente alimentados, que no tienen bastante tiempo para sus comidas, que al saber esto, los curas desvían las vocaciones que vendrían a los Hermanos maristas, etc...

El Padre Colin, tras recibir algunas cartas de este estilo creyó hacer bien escribiendo al Hermano Francisco para proponerle reflexionar sobre este problema y ver si no seda oportuno ceder un poco en las exigencias de la Regla.

Se quejaban también de que la elección de los capitulares (miembros del Capítulo) era discutible: demasiados miembros de derecho e insuficientes miembros elegidos. En los pasillos se hace alusión al golpe de estado del Príncipe- Presidente: ¡la democracia retrocede! ¡Atención!

La primera sesión del Capítulo comienza con un episodio de comedia. Por espíritu de pobreza los organizadores han decidido sondear la opinión sobre el tema de los relojes personales; se pide voto secreto. La mayor parte de los capitulares tiene uno y están un poco inquietos por el resultado de la votación. No tienen el hábito de la palabra y se vuelven hacia un brillante bromista - llegará a ser más tarde Consejero General - que posee incontestables talentos de comediante.

Pide la palabra, y con ademán muy serio se dirige vehemente al grupo: "No tenéis razón en querer conservar vuestros relojes individuales. Es perfectamente posible pasarse sin ellos". Silencio en la asamblea. El orador se aclara la garganta... y continúa: "Por ejemplo, cuando vais de paseo, ¿qué impide que uno de vosotros cargue el reloj de pared a la espalda (risas) sujetándolo bien con los tirantes (nuevas risas)? Los demás siguen detrás de él y pueden ver muy bien la hora en todo momento".

Era todo el problema de un debate democrático del que no se había sentido la necesidad en 12 años y que amenazaba conducir a la decadencia.

El Hermano Francisco y sus asistentes, después de orar y reflexionar, deciden atacar de frente esta naciente contestación. El Hermano Francisco, desde el inicio de su generalato, ha decido ser la "imagen viviente" del Padre Champagnat. Ahora bien, en la vida del Padre Champagnat aparece un problema de contestación bastante similar solucionado por el Fundador enérgicamente.

Esta vez, uno de los contestatarios será objeto de una dura carta, reprochándole su proceder, calificado de mentiroso. Este Hermano recibió un severo castigo. No tendría derecho a usar su cruz de profesión y sería degradado al rango de novicio. La carta debía ser leída en sesión plenaria antes de ser enviada al interesado y debía ser conservada en los archivos del Capítulo.

Nuestra época ya no conserva el sentido de esta severidad en el ejercicio de la obediencia, pero el efecto fue saludable sobre el resto de esa sesión del Capítulo, que se desarrolló en calma y con verdadera búsqueda del fervor y de vuelta a las fuentes.

Se llegaría a la edición de las Reglas de 1852, que solo conocieron ligeras modificaciones durante más un siglo.

El Hermano Francisco se mantiene firme en los principios que guiaban al Padre Champagnat en la fundación de una escuela. No se suplanta jamás a otra Congregación o a otro organismo que quiera fundar una escuela cristiana, pero tampoco cede el puesto a otros sin una razón válida. No se acepta ni la enseñanza del latín ni un tipo de enseñanza distinta a la enseñanza primaria. Sobre este punto, el Hermano Francisco, será luego menos intransigente.

Cuando el reconocimiento legal abre todas las puertas a los Hermanos Maristas, estos aceptan, a partir de 1856, algunas escuelas secundarias, pero en número reducido. El hermanito permanece como una especie de monje que anuncia el evangelio a los niños de 6 a 12 años.

Se necesita que sea competente en la enseñanza tanto profana como religiosa para satisfacer a los párrocos, municipios y padres, pero nada más. No puede ser completamente "desconocido y oculto", pero éste sigue siendo el ideal. Es una situación difícil y necesita que se le recuerde, frecuentemente, la contemplación de Nazaret donde el Hijo de Dios pasó treinta años desconcertantes para un alma que no haya profundizado en la oración. Para el Hermano Francisco, por el contrario, es la situación más deseable y trata de comunicar su convicción en las circulares que envía a los Hermanos.

HACIA EL TÍTULO DE SUPERIOR GENERAL

En 1853, tiene lugar una segunda sesión del Capítulo concerniente a las cuestiones pedagógicas y que dará lugar, posteriormente, a un libro titulado: "Guide des Écoles".

Esta vez, el Padre Colin interviene, pero en sentido contrario de la primera, para anunciar: "Me han dicho en Roma que no conviene uncir el asno con el buey". Esta citación humorística de la Biblia significaba claramente que los Padres Maristas y los Hermanos Maristas debían seguir vías independientes.

El Padre Colin daba a entender que entre las dos ramas se podrían tener todos los lazos de amistad que se quisieran, pero que, desde el punto de vista administrativo: elección de fundaciones, relaciones entre los miembros y con el exterior, forma de vida, los Hermanos deberían actuar con total independencia.

Hubo todavía una tercera sesión en 1854, y, esta vez, el Padre Colin declaraba renunciar definitivamente a su título de Superior General del conjunto de los maristas.

El Hermano Francisco que, en 1839, había sido nombrado Director General, llevaría en adelante el título de Reverendo Hermano Superior General.

Como su salud no mejora se le nombra un tercer asistente, el santo Hermano Pascual. Por otra parte, el Hermano Luis María tomará cada vez más iniciativas, especialmente la creación de una nueva casa-madre más cerca de Lyon, en el Montet, Saint-Genis-Laval. Necesitará juntar mucho dinero. Se venderá una propiedad (La Grange-Payre) que el P. Champagnat recibió de una benefactora y que albergó, durante 20 años, jóvenes candidatos a la vida religiosa y Hermanos de edad.

1854 es también el año de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. El Hermano Francisco recuerda que, en los primeros tiempos de La Valla, había una inscripción en las paredes: "Bendita sea por siempre la Santísima e Inmaculada Concepción de la gloriosa Virgen María, Madre de Dios". Esta inscripción, que se conserva todavía hoy, precedería en 10 años a aquella otra mundialmente conocida después de la aparición de septiembre de 1830: "Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que acudimos a vos".

El Hermano Francisco recuerda las dos invocaciones y exclama: ¡Dichoso el Hermano de María que enseña a sus alumnos las grandezas y bondades de esta tierna Madre!". Para él, como para el P. Champagnat, es un grito que emana espontáneo del corazón.

En 1855, el P. Colin dimitió como Superior General de los Padres Maristas y se retira a la casa de Neylière (Rhône) donde quiso fundar una rama consagrada a la contemplación. Esa idea seduce al Hermano Francisco quien, a causa de su salud, juzga que su vocación se podría orientar en esa dirección. Era necesario, sin embargo, que permaneciera en su puesto. Su asistente, el H. Juan Bautista acaba de publicar en 1858 la biografía del P. Champagnat. Sí, es necesario que permanezca para insistir sobre la imitación del Fundador.

EL INTERVALO ROMANO

Llegamos al año 1856. Los Hermanos reciben una pequeña circular que insiste sobre la biografía del P. Champagnat. "No es más que la narración detallada de las bondades y favores de María sobre él y su obra". Recuerda que el Fundador la llamaba su Recurso Ordinario, palabras que escribe con mayúsculas como en la regla de 1852 y que repite dos veces seguidas y una tercera vez un poco más adelante.

Siguiendo su propia práctica, exhorta frecuentemente a las novenas, al mes de María, a la celebración de las fiestas marianas: "Es una devoción que nos permite emprenderlo todo y osarlo todo por el bien de la Sociedad".

La conclusión llega, probablemente, inesperada: después de tantos favores, pediremos uno nuevo: la aprobación del Instituto por la Santa Sede. Con el H. Luis María nos vamos a Roma para presentar esta petición.

La circular es del 2 de febrero. El 7 por la tarde toman el expreso para Marsella donde llegan a las 8 de la mañana y el 10 se embarcan con dirección a Civitavecchia. Desde allí a Roma donde llegan el 11, a las dos de la mañana.

Los dos peregrinos se hospedan en los Padres maristas y esperarán pacientemente la audiencia con el Papa Pío IX que tendrá lugar el 1° de marzo.

El Hermano Francisco presentará un documento relativo a los Hermanos Maristas, a sus Reglas y Constituciones. Pronto cae en la cuenta de que, el estudio del "dossier" de los Hermanos Maristas, será largo.

Monseñor Bizzarri, principal responsable de este estudio se muestra amable e interesado, dando a entender, sin embargo, que la aprobación no se dará fácilmente.

El H. Luis María vuelve a Francia después de una segunda audiencia, el 15 abril.

El Hermano Francisco debe recordarse sin duda alguna que, el P. Champagnat, tan dinámico como era, tan capaz de remover obstáculos, tuvo que permanecer largos meses en París para obtener el reconocimiento legal del gobierno francés.

Espera contra toda esperanza hasta el 21 de agosto y durante este largo período lleva una vida de peregrino, siguiendo el ejemplo de Benito Labre, santo mendigo que murió en Roma algunos años antes de la Revolución.

FIN DEL MANDATO

De vuelta en Francia, el Hermano Francisco se detiene unos días en Lyon, para luego continuar viaje hasta París y Beaucamps (Norte), donde se está desarrollando una nueva provincia marista. Visita a los Hermanos reunidos con motivo del retiro anual y aprovecha también para entrevistarse con la Condesa de Granville, benefactora excepcional, que contribuyó notablemente al auge de la provincia de Beaucamps por medio de sus donaciones, mayores aún que las de los bienhechores del Hermitage.

El Hermano Francisco vuelve a Saint-Genis-Laval para la bendición de la capilla provisoria. La casa está terminada y casi todos los habitantes del Hermitage se han trasladado a la nueva morada. El Hermano Francisco sabía perfectamente que debía ser así y había dado su conformidad, ello no le impedía sentir un gran desconsuelo al ver que "el gran relicario del P. Champagnat", la casa del Hermitage, se quedaba casi vacía. De las 150 personas que vivían normalmente, solo quedaron unas diez o doce.

El Hermano Francisco consagrará lo que queda de 1858 y gran parte de 1859 a visitar las comunidades y a explicar a los Hermanos las gestiones realizadas en Roma, y cómo hay que amar al Papa.



Con todo, cada vez está más convencido de que debe renunciar a su cargo.

En 1859 escribe una circular sobre la piedad en la que expresa el franciscanismo que le caracteriza; él, protector de los pajaritos que anidan cerca de la casa.

"Los sentimientos que inspira la piedad, dice, se extienden en una justa proporción hasta las criaturas insensibles ya que ellas pertenecen a Dios y de él vienen.

El gran San Francisco de Asís, de admirable piedad, las llamaba hermanos, hermanas: mis hermanos los pájaros, mi hermana la oveja, mi hermano el fuego... ¡Ah! ¡La piedad, con sentimientos tan puros y dulces, da vida a todo; engrandece, eleva y santifica todo lo que nos rodea!"

"¿Quién nos librerá, añade, de la funesta dureza del corazón? Duro e indócil por naturaleza, ingrato y rebelde, inclinado a los placeres de los sentidos y opuesto a la ley del Espíritu, nuestro corazón se ablanda por la oración y la meditación".

¿Se trataba del canto del cisne? Sea como sea, el Hermano Francisco había hecho su discernimiento. Convoca un Capítulo General y señala el objetivo. Se basa fundamentalmente en el artículo de las Constituciones que pide que el Superior General goce de buena salud y que podía haber dimitido desde los primeros años. Aceptó seguir en el cargo pidiendo a sus asistentes que asumieran la mayor parte de sus obligaciones. Su situación no podía prolongarse por más tiempo.

"Os propongo, dijo, que otorguéis al H. Luis María plena autoridad y los poderes necesarios para la administración y el gobierno del Instituto".

La votación es favorable y la proposición es aceptada.

El 21 de julio, el H. Francisco se despide y se retira al Hermitage. "Para ser superior, dice, he dispuesto de 20 años para prepararme y de 20 años para ejercer, ¿dispondré de otros 20 para reparar? En realidad, los tuvo.

Dejaba en manos del H. Luis María 379 casas y 1445 Hermanos en plena actividad. Si se añaden los Hermanos enfermos, ancianos, estudiantes y novicios, se alcanzaba la cifra de 2.086 Hermanos.

4. EL MODELO

DIRECTOR DE UN HERMITAGE DESPOBLADO

El 19 de octubre, el H. Luis María nombra al Hermano Francisco superior de la comunidad del Hermitage. También se ocuparía de la huerta, de construir muros de piedra para afirmar los distintos niveles del terreno.

Consagraba mucho tiempo a la lectura, a escribir sus recuerdos relativos a la casa, describiendo el estado de los lugares en las diferentes épocas. Rezaba, edificaba con su ejemplo y luchaba contra las irregularidades, especialmente contra las faltas al silencio.



En 1863, como consecuencia de la aprobación de las Constituciones por Roma (el 9 enero), el Capítulo General ordinario debía proceder a la elección de un Superior General para poner fin a la situación provisoria creada con la votación del 18 julio de 1860.

El H. Luis María fue elegido con 37 votos sobre 40 y tomaba el nombre de Reverendo Hermano Superior General. El Hermano Francisco, oficialmente, volvía a ser uno más entre sus Hermanos; no deseaba otro título

que el de Hermanito de María o también el de abuelito.

Escribía en su diario:

"22 de julio de 1863: entrega del título de General... y resolución de consagrar al bien del Instituto, en las mismas condiciones de los demás Hermanos, todo el tiempo que me queda de vida. Santa María Magdalena en el desierto".

Era el día de la fiesta de Santa María Magdalena, quien, según la tradición, vino a terminar sus días en la gruta de la "Sainte-Baume". El Hermano Francisco siente que, en adelante, su vocación es especialmente contemplativa.

Anota también: "San Juan de la Cruz pedía, habitualmente, tres cosas a Dios: la primera, no pasar ningún día sin sufrir; la segunda, no morir siendo superior; la tercera, acabar su vida en la humillación".

Antes de dejar Saint-Genis para volver al Hermitage, el Hermano Francisco bendijo al H. Luis María con esta bella fórmula: "Que el Señor os dé la autoridad de un padre, la ternura de una madre y os conceda la gracia de conducirnos al cielo".

RESURGIR DEL HERMITAGE

Una de sus atribuciones consiste en dar a los Hermanos la conferencia de los domingos por la tarde. Por humildad, no expresa demasiado sus propias ideas. Se sirve de constantes citas de los autores espirituales que lee y medita. Todas ellas son juiciosas y cuando la ocasión se presenta, añade una explicación que corresponde a su propia experiencia.

Si, por ejemplo, habla de la actitud de María frente a la venida de Jesús, se sirve de las palabras de San Agustín: "Ella le concibió en su espíritu antes de concebirlo en su seno" y explica: "cuando vino el momento del gran misterio, el Verbo divino no tuvo más que revestirse de una carne pasajera y mortal en aquel seno virginal en el que ya habitaba por el Espíritu".

De estas reflexiones, el Hermano Francisco extrae hermosas consideraciones sobre la importancia de la oración en la vida del religioso: "La oración es una preparación indispensable a las gracias que el Señor nos destina y a las santas funciones que debemos desempeñar.

El religioso debe ser, esencialmente, hombre de oración. La oración debe transformarse, por su uso, en su ocupación familiar; debe ser como su respiración, su elemento, su vida, su alimento. La oración le está prescrita al inicio y al final de cada ejercicio, preside las comidas y el estudio, se despierta con él y se sienta, por así decir, a su cabecera; le sigue en sus momentos de descanso y se mezcla, como un bálsamo divino, en cada uno de los empleos que la regla le asigna.

Por tanto, no es suficiente con que recemos de vez en cuando o a menudo durante el día, es necesario que la oración se transforme en nuestra sustancia, se incorpore a nosotros mismos, que se mezcle con nuestra carne y nuestra sangre de suerte que, a imitación del salmista, nuestro corazón y nuestra carne exulten de amor al pensamiento del Dios vivo (salmo 85).

Llega la guerra de 1870. La gran casa de Saint-Genis cercana a Lyon, es requisada para albergar unos 2.000 hombres de la 1ª Legión del Ródano. Los novicios, el H. Superior General y bastantes Hermanos vuelven al Hermitage. La situación vuelve a ser normal en la primavera de 1871. Sin embargo, como consecuencia de la Comuna de París, la región se agita y corre el rumor, como en 1830 y 1848, que algunos amotinados vienen a saquear el Hermitage. El Prefecto del Loira es asesinado.

El Hermano Francisco advertido una tarde que la casa sería invadida durante la noche, respondió sencillamente: "Nuestra confianza está en Dios y en la protección de la Santísima Virgen".

Parece ser que los exaltados tomaron otro camino, disuadidos por uno de los suyos, amigo de la casa, para no turbar la paz de los hermanos.

Desde septiembre de 1871 en adelante, el Hermitage es el centro de una nueva provincia Marista. Se abren de nuevo el postulante y el noviciado. La casa se llena con un buen grupo de Hermanos estudiantes, de Hermanos encargados de empleos manuales y el Hermano Francisco es el Superior del conjunto, asegurando el buen funcionamiento de este enjambre estudioso y orante.

Un compañero de seminario del P. Champagnat, el P. Pousset, fundador de las Hermanas de la Santa Familia, venía de vez en cuando a visitar a sus religiosas que habitaban cerca del Hermitage.

En una ocasión, volviendo de Lyon a la casa principal de su congregación, decía con admiración: "Vuelvo del Hermitage. ¡Ah! ¡hermanas mías!, ¡allí se respira santidad por todas partes!" Exclamación que, sin lugar a dudas, hacía honor al Hermano Francisco, principal responsable de ese ambiente profundamente religioso.



El 6 de mayo de 1872, una nueva inundación del Gier dará la oportunidad al Hermano Francisco de manifestar su espíritu de fe. Pone sus dos escapularios en la ventana de la habitación y su rosario en otra ventana. Al instante, cuentan, la lluvia cesa y desciende el nivel del río, el cielo se aclara y el temor desaparece. El muro del patio del noviciado es destruido en una decena de metros, pero el edificio principal queda intacto.

MODELO DEL HERMANO ENFERMO

Dos años más tarde, sin embargo, la techumbre de la capilla amenaza con hundirse. Urge actuar. Conservando las paredes principales se reconstruirá totalmente este edificio realizado por el P. Champagnat.

El pensamiento de que la capilla del Fundador ha desaparecido pudo ser una emoción demasiado fuerte para el Hermano Francisco. Al día siguiente, cuando el H. Carloman llamó a su puerta a las cuatro, como cada mañana, no respondió. Sufrió un ataque y yacía por tierra, al parecer, sin conocimiento.

Se trata de una apoplejía fulminante con parálisis del lado derecho. El pronóstico es grave, casi desesperado, pero toda la comunidad se pondrá a rezar; en una cadena ininterrumpida los diferentes grupos se relevarán cada hora delante del Santísimo Sacramento.

Recuperará la salud de forma incompleta pero sólida, lo que permitirá al enfermo vivir cinco años más.

Después de haber sido el modelo de Hermanito, de maestro, de director, de Secretario general, de Superior General, de enfermero, será, en adelante, modelo de enfermo, por su paciencia, su dulzura, su regularidad a todos los actos de comunidad, su oración por los pecadores y por los difuntos.

Puede ir y venir y recupera un tanto la escritura. El 15 de agosto de 1877 tiene lugar la bendición solemne de la capilla. Siendo bastante diferente de la primera, conserva lo esencial: el tabernáculo y el altar donde el P. Champagnat celebró los tres últimos años de su vida.

Quienes desaparecieron fueron los primeros compañeros. Primero fueron los Hermanos Estanislao, Luis, Lorenzo y Juan Bautista, y en 1877 los Hermanos Hilarión y Bartolomé. Quedaba él solo esperando la llamada del Señor.

Se habla de sus luchas contra el diablo cuando trabajaba en su jardín. Decía al maligno: ¡Vete, bestia cruel, vete de aquí!

En 1879 muere el H. Luis María, Superior General. Aunque no era de la primera generación, había sido compañero del Hermano Francisco durante muchos años: "Mis tres asistentes, decía, están en el paraíso. No me queda más que ir a reunirme con ellos".

Para elegir al sucesor del H. Luis María, se reunió el Capítulo en marzo de 1880. La elección recayó en el H. Néstor, cuya primera acción fue la de prosternarse a los pies del Hermano Francisco pidiéndole su bendición. El Hermano Francisco, conmovido, respondió: "Que Jesús, María y José os concedan la gracia de conservar y desarrollar con dulce firmeza la piedad y la regularidad en nuestra Sociedad, de la cual sois ahora el responsable".

El 12 de marzo, el H. Néstor aprovechó la ocasión para hacer el elogio de nuestros primeros superiores. "El Reverendo Hermano Francisco, dijo, merece el título de Fundador, 1º) porque ha desarrollado considerablemente la Sociedad, 2º) porque ha anexado dos magníficas provincias: Saint-Paul y Aubenas, y ha fundado la del Norte, 3º) por que ha dado vida civil al Instituto obteniendo la aprobación del Gobierno.

MUERE UN SANTO

El día del Señor debía llegar. El 22 de enero de 1881, hacia las 11 de la mañana, el Hermano Francisco tuvo una alegre conversación con el H. Director de la casa. Media hora más tarde, se notó su ausencia a la visita comunitaria al Santísimo Sacramento.



Fueron a verlo a su habitación y lo encontraron sin conocimiento, de rodillas, al borde de la cama. Se le administró el sacramento de la Unción de los enfermos, sin saber si comprendía lo que se le decía. Murió hacia las 6 de la tarde.

Su cuerpo fue expuesto en el recibidor de la casa sobre una cama adornada con rosas. Así pudo ser venerado por la multitud de hombres y mujeres que acudieron al Hermitage al difundirse la noticia de su muerte. Muchas personas tocaban con sus objetos de piedad los restos del Hermano Francisco en señal de veneración.

La asistencia al entierro fue numerosa a pesar del intenso frío y de la espesa capa de nieve que cubría la tierra.

El H. Néstor escribió poco después una circular en la que esbozaba una corta biografía del Hermano Francisco: "No vengáis a reclamar parte alguna de sus bienes materiales, nada poseía...; reclamad, eso sí, en alta voz, la parte que os corresponde de una herencia mucho más valiosa, la herencia de sus virtudes".

Enumera algunas de ellas, recordando por ejemplo su obediencia heroica. "Antes de volver al Hermitage, terminado el Capítulo de 1880, se preocupó de renovar todos los permisos de regla y otros: permiso para poder comulgar (en aquella época no era costumbre poder comulgar todos los días), permiso para poder hacer las comidas en la enfermería, para poder guardar algunos pequeños objetos de uso personal, para ocupar el tiempo según el horario que él mismo se hizo".

Son ciertamente pequeñas cosas, pero dan testimonio de su agudo sentido de la voluntad de Dios.

El Hermano Francisco fue siempre el mismo que un día dijo: "Yo no hago mi voluntad sino la voluntad de Dios manifestada por la mediación de mi superior".

Su tumba, como era natural, estaba al lado de la del P. Champagnat. Hoy solo queda una placa recordatorio, ya que en

1934, como consecuencia de la introducción de la causa de Beatificación, sus restos fueron exhumados y transferidos a la capilla donde se encuentran actualmente.



El Papa declaró Venerable al Hermano Francisco en 1968; esto significa que la Iglesia reconoce que practicó todas las virtudes cristianas en forma heroica, especialmente la fe, la esperanza y la caridad.

Este pequeño aldeano debería haber continuado, normalmente, con la tradición familiar de cultivar la tierra, pero al Señor le llamó a desempeñar otro papel bien distinto: conducir una importante empresa apostólica a pesar de que su temperamento tímido no le incitaba a ello.

CONCLUSIÓN

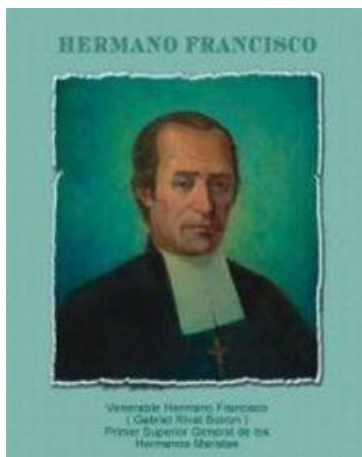
A la muerte del Hermano Francisco, como a la muerte del P. Champagnat, las gentes de la región decían: “Ha muerto un santo”. Sin embargo, era apenas conocido a excepción de aquellas personas que venían a consultarle como sabio herbolario conecedor de muchos remedios elaborados a base de plantas. Sí, la gente le había visto un poco, pero ello no fue impedimento para que se difundiese una misteriosa influencia. Los parroquianos del Hermitage han señalado lo mismo que dijo un hermano que lo tenía de frente en la capilla: “nunca levantaba la cabeza de su misal; su figura se iluminaba al recibir la Comunión y cuando volvía a su puesto su rostro parecía transfigurado.”

El mismo Hermano decía: “En su jardín rezaba el rosario sin levantar la vista”. Otro decía, hablando del rosario en comunidad: “Seguramente rezaba las tres partes del rosario, añade el mismo testigo, ya que las cuentas de su rosarios estaban prácticamente blancas”.

Un sacerdote que ha formado parte de la comisión encargada de estudiar sus virtudes ha podido afirmar que este estudio ha sido uno de los más fáciles ya que, en el caso del Hermano Francisco, la vida cristiana sencilla y perfecta era evidente.

Hay que rezar al hermano Francisco. Puede ser, perfectamente, el patrono de los ecologistas o de las enfermeras, pero sobre todo, de las almas que tratan de santificarse en cualquier situación que se les presente, aunque aparentemente sea superior a sus fuerzas. María acepta la increíble vocación de Madre de Dios, el Hermano Francisco acepta la responsabilidad de Superior general imitador sencillo de un líder carismático. ¿Inconsciencia? No. Fe y simplicidad: “No temas, solamente cree”.

INVOCACIÓN



Venerable Hermano Francisco

Dios te llamó en su seguimiento desde tu infancia, para que le sirvieras con una vida verdaderamente santa.

Haz que sepamos llegar, como tú, “a Jesús por medio de María”, con la buena voluntad, la sencillez y el abandono filial.

Que tu intercesión, unida a la de María, nos obtenga el favor que hoy te pedimos... y la gracia de alabar al Señor que siempre escucha

nuestras oraciones, de forma visible o invisible.

Amén.

VENERABLE HERMANO FRANCISCO
ruega por nosotros.